

## EL BAÑO

La electricidad muere y tan sólo quedan las vísceras del fuego. La cera se desgarras como la carne de un leproso de colores que recoge sus restos en la cima de cualquier base. El agua está tibia. Más bien caliente. Es invierno. El invierno más triste de cada historia personal. El aparato reproductor musical rezuma música inerte y lineal, como el aparato reproductor humanal. La carne despierta al acariciar el agua. El epicarpio se altera mientras tiñe el líquido hasta convertirlo en fango que se resiste a coagular. El suspiro es largo, intenso. El cuello establece el límite entre el placer y la muerte. La mirada se pierde en el techo, donde la alcachofa metálica nos contempla desprendiendo sus últimas lágrimas. La mano enciende el cigarro, cuya primera calada nos dice que todo irá bien, que todo lo malo se alejará como lo hace el humo nicótico. Las pupilas reflejan el anodino fondo de nuestro recipiente lavativo. Allí está ella. O él. O eso. Lo que altera la existencia vital. Lo que perjudica el ánimo. Lo que rompe el vínculo entre lo humano y la vida. La ceniza cae y forma parte de la mugre. Cenizas y mierda adornan el arrugado cuerpo.

Las yemas de los dedos blanquecinos son blandas grietas salidas de un baño de ácido corporal.

El tono de la canción cambia y con él el pensamiento se zambulle en necedades y fantasías. La luz se desgasta y los fantasmas vuelven a nuestra corteza cerebral. Ella. Él. Eso. Nada. El esqueleto contrae matrimonio con el líquido residual. La lágrima barre las impurezas para depositarlas en el inmenso mar fecal. Otro elemento biológico forma parte del cóctel "Su/ociedad". Es más vivo que la lágrima aunque ambos tienen la misma aureola de fatalidad. Es demasiado tarde. Ella está ahí. Mece la puerta hasta asegurarse de que no estás presente. Te engancha hasta sacarte del líquido fecal y te lleva consigo. Los ojos cerrados son lo último que ven los azulados azulejos. Otro inquilino volverá y se aposentará en el mismo mármol para tomar baños entre burbujas y piernas. O para asimilar la función de diván del mineral donde expiar el mea culpa, retoño de la ilusión desilusionada.

## EL CIENTÍFICO

*H*abía una vez un científico que, debido a su carácter introvertido y reservado, pasaba las horas encerrado en su laboratorio en búsqueda de alguna fórmula que aplacara la soledad. Quería encontrar en alguno de los fluidos del cuerpo humano un factor que hiciese segregarse algún tipo de placebo con el fin de atraer a la gente sin necesidad de largas conversaciones protagonizadas por eternas sonrisas maquilladas bajo un “y a mí qué me cuentas...”. Él tenía el privilegio de desmenuzar la manera de ser de las personas con tan sólo mirarlas y saludarlas, así que fue probando una serie de fórmulas para adecuarse mejor a la persona con la que se quería relacionar. Al cabo de los meses había desarrollado diferentes antídotos antisolitarios, adecuados para cada ocasión.

Una noche entró en una cervecería con el propósito de probar su experimento. Pidió una jarra de cerveza, y se dispuso a observar a toda la fauna humana que inundaba el lugar. Mientras arqueaba las cejas para recibir un nuevo sorbo de cerveza, localizó a una bella criatura.

Se trataba de una chica morena con los ojos verdes, de menuda corpulencia y baja estatura. Ella discutía con sus amigos, o lo que fuesen, de una acalorada manera, dando fuertes golpes a la mesa, víctima principal de su indignación e ira. Aún así el científico quedó prendado de su belleza y de su carácter. Se levantó y caminó hacia el servicio, pasando al lado de la encendida morena. Mientras se suponía que el científico miccionaba en realidad preparaba su inyección. Sacó de la chaqueta un estuche negro que contenía jeringas y distintos frascos de cristal. Clavó la aguja en el frasco con la etiqueta "violenta", y después se la inyectó en el corazón.

La reacción de la chica no se hizo esperar. Se volvió, y caminó hacia él. Si mediar palabra lo agarró del cuello y lo besó de forma húmeda y violenta. Le mordió el labio hasta hacerle sangrar, lo que provocó una leve queja del científico que hizo enloquecer a la morena de los ojos verdes. Estaba fuera de sí. Cogió su jarra y la reventó en la incrédula cara del científico. Él era tan competente y tan docto que su inyección resultó ser muy eficaz, tan eficaz que pronto se congregaron alrededor de él una docena de personas violentas. Le propinaron una brutal paliza, y, entre patada y patada, rompieron todos los frascos, quedando así inutilizado el proyecto.

El científico cayó en una profunda depresión, se pasaba el día mirando a través del microscopio con su ojo, único elemento que daba cierta coherencia a su desfigurada cara.

Cierto día le llegó una muestra de sangre, la cual debía ser analizada para una futura transfusión de sangre. La sangre fue analizada por el científico, y resultó ser perfecta para la mujer enferma que la necesitaba. Cuando el científico miró la ficha de la paciente éste se quedó estupefacto, pues se trataba de la violenta morena de ojos verdes. Varios sentimientos se apropiaron del científico: odio, venganza, resentimiento... pero lo que más pesó en su conciencia fue la admiración que sentía por ella. Esto le hizo reflexionar, y al cabo de las horas decidió que se introduciría en ella mediante la transfusión de sangre.

Después de un mes de duro trabajo alcanzó a lograr la fórmula que le permitiría lograr su osado y “particular” objetivo. El día de la transfusión todo fue bien, y el científico se introdujo en el riego sanguíneo, realizando así un apasionante viaje infra-venoso que le hizo descubrir que la morena de ojos verdes era tan bella por fuera como por dentro. Se sentía el hombre más feliz del mundo, cada rincón de su cuerpo resultó ser espectacular, pero ninguno podía igualar la belleza de un lugar llamado Ojos. Allí todo era distinto. Era un gran ventanal verde por el que entraba la luz del exterior, un cristal por donde podía observar el mundo desde una nueva perspectiva. Esto también acabó con su soledad, se sentía siempre acompañado, en contacto con ella. Era tal el amor que sentía por ella que su presencia hizo cambiar el carácter de la morena de ojos verdes, sustituyendo su ira por coherencia y serenidad.

Los siguientes años pasaron rápidamente debido a la felicidad de ambos. Ella presentía que algo ocurría en su interior, pero no podía adivinar que dentro de ella había un hombre que, cada vez que pasaba por su corazón o por la parte afectiva del cerebro, le realizaba el más cariñoso de los masajes. En uno de estos viajes al corazón el científico se percató de algo que los médicos diagnosticaron poco después: un ventrículo del órgano estaba seriamente dañado y podría provocar la muerte de la mujer. El científico analizó el mal y lo curó. Al cabo de los años curó un tumor en el cerebro, una angina de pecho y un cáncer de mama. Ella no fue consciente de estas enfermedades, él las localizó antes de que provocasen dolor. Este era su principal cometido: ella no debía pasar dolor. La mujer no necesitó una figura afectiva, no la buscaba porque no la echaba de menos, se sentía la mujer más querida del mundo. Los años siguieron pasando y él encontró su rincón en los ojos de ella, a través de los ventanales verdes observaba la vida pasar. Llegada la vejez el organismo comenzó a fallar y el científico no podía curarla debido también a su avanzada edad, había envejecido con ella literalmente. En pleno viaje por los ojos el flujo de sangre se detuvo y la luz verde se tornó en oscuridad. Lo último que vio fue una fuerte luz en su ojo derecho mientras él estaba pegado a la cristalera, llorando y murmurando palabras ininteligibles. Poco después se le acabó el oxígeno y pereció en sus ojos.